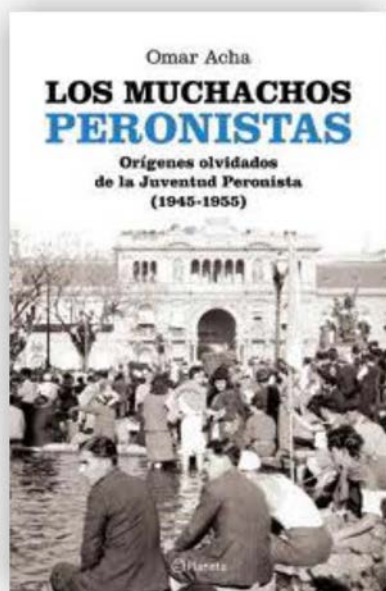


**Omar Acha, *Los Muchachos Peronistas. Orígenes olvidados de la Juventud Peronista (1945-1955)*. Buenos Aires, Ed. Planeta, 2011. 256 páginas.**

**Por Mónica Bartolucci**

(CEHIS Depto. de Historia - Facultad de Humanidades, UNMdP)



Este libro intenta desandar un mito construido por protagonistas de la época que con sus recuerdos construyeron la imagen de una juventud peronista nacida al calor de la resistencia contra la “dictadura fusiladora” que gobernó al país entre 1955 y 1958. Asimismo desea hacer reflexionar a quienes la han investigado tomando como certeras aquellas voces, quienes coinciden en 1957 como un año clave para su nacimiento, sin ningún vínculo con el pasado.

Para “hallar, rectificar y evidenciar la Juventud Peronista

antes de la Juventud Peronista tal como hasta ahora se ha conocido”, en el capítulo 2 Acha comienza por atender las características de la presencia juvenil desde 1945 en adelante, cuando los nacionalistas fueron fundamentales en la partida. Allí muestra que en la gramática del poder de Perón los jóvenes todavía no necesitaban de ninguna reivindicación política singular más que su promisorio futuro como hombres de la patria. Hasta ese momento se les tenía asegurado el deporte, la diversión y la cultura a través de diferentes asociaciones. El autor recorre una serie de temas que enuncian futuras investigaciones con este libro como base. La divisoria de aguas entre la juventud trabajadora adepta y la opositora “juventud de resistencia” frente al imputado fascismo peronista, la influencia de la retórica juvenilista del nacionalismo, la maleabilidad de los jóvenes y su poder de caudal electoral, los diferentes objetivos y momentos de la UES y la CGU, son ítems que recorre el autor y cuyo estudio en profundidad nos suenan imprescindibles para la realización de la ausente, por ahora, historia de la juventud argentina.

En el capítulo 3 el énfasis ya no se pone en el asociacionismo sino en la organización juvenil desde un punto de vista específicamente partidario. Aborda en distintas localidades del país, como Avellaneda, Bahía Blanca y Mar del Plata, el modo en que emergieron, con la misma facilidad que se apagaron, las organizaciones, círculos y ateneos juveniles que apoyaban a Perón. También a los integrantes y publicaciones periódicas de organizaciones cuyas actividades todavía se resolvían en

cuestiones deportivas, culturales y ocasionalmente en volanteadas y pintadas. De todos ellos, el autor destaca una ciudad y un año: el *Movimiento Juvenil Peronista de la República Argentina*, convocado por Luis Alberto Priori Gordillo en 1951 en la ciudad de La Plata. El autor ve aquí una primera fase constructiva de alcance nacional en la formación de la juventud peronista, aclarando que todavía se trataba de una organización de peronistas juveniles y no de jóvenes peronistas con identidades propias sino subsidiarios y “colaboradores” de intereses adultos. En este capítulo se rescatan los contactos con personajes de las “segundas líneas” del peronismo, como la candidatura a vicepresidente de Teissaire en 1954, los cuales reviven la fortaleza de estas organizaciones. Los últimos meses del gobierno fueron decisivos para este avance. En medio de una crisis, en la que se planteaba una campaña de adhesiones que equilibrara la habilidad del antiperonismo, sobre todo católico, el peronismo necesitaba claramente una militancia juvenil. Acha rescata aquí la figura clave de John William Cooke para armar nuevas y más violentas estrategias. También ofrece algún indicio de la conciencia que pudo tener Perón sobre la importancia que asumiría este personaje como mediador con la juventud, ahora necesaria.

Retomando su objetivo mayor, en el capítulo 4 el autor recorre con un enfoque tradicional en su metodología, aunque original en la propuesta de nacionalización del problema, una serie de casos regionales. Analiza en la provincia de Buenos Aires, en las zonas del Noroeste, Cuyo, Santa Fe, Córdoba y Mesopotamia un cúmulo de organizaciones, dirigentes, expresiones públicas y

y pintadas. De todos ellos, el autor destaca una ciudad y un año: el publicaciones *ad hoc* que dan cuenta del activismo juvenil en el interior del país.

En el capítulo 5 vuelve sobre los pasos de Cooke durante los meses que siguieron a la caída de Perón, atendiendo a relatos acerca de jóvenes que no estaban tan comprometidos con la puja por el poder partidario pero que, recién caído el gobierno, fueron actores claves de la llamada “resistencia peronista”. Historias originales como la de Traversi, De Morra, Carballeda, demuestran que estamos en un paso inmediatamente anterior la Juventud peronista más conocida.

En el apartado de la conversación del autor con Jorge Rulli y en el que titula “Pensar la Juventud Peronista”, Acha asume un tono más ensayístico. Desarrolla y reafirma dos líneas: lejos de malograr su oportunidad de imponerse, la juventud peronista fue truncada en su fortaleza por la Revolución Libertadora, cuando el nacionalismo era su nervio central. Por otra parte, la hipótesis – para seguir trabajando- que la segunda generación “resistente” no sólo compartió espacios de lucha con los jóvenes de la vieja hornada a quienes los unió un buen tramo de sus valores y símbolos, sino que el *olvido* o mito fundacional del grupo “Corrientes y Esmeralda” fue mucho más que una negación de sus antecesores: fue un denuedo a los viejos peronistas y el fruto inconsciente de una afirmación generacional que pretendía forjar sus propias armas.